

PUNTO DE BALSA

De: Salim Miguel

Traducción de **Jorge O. González Roma**

*Diez noches y diez días continuos de diluvio
cerniéronse sobre la selva flotando en vapores;
y lo que fuera páramo de insoportable luz,
tendíase ahora hasta el horizonte en sedante
napa líquida.*

*La flora acuática rebrotaba en planísimas balsas
verdes que a simple vista se veía dilatar sobre el
agua hasta lograr contacto con sus hermanas.*

*De: El regreso de Anaconda – **Horacio Quiroga***

Vamos a salir pronto, mañana tempranito, con el cambio de luna. Estamos en punto de balsa. ¿Me acompañas? Está bien, está bien. Prometí, lo sé. Explico, sí. No es lo mismo. Lo juro. Ni de cerca. La emoción de ver, de sentir, de palpar, de temblar, de vibrar, de vencer los precipicios, los rápidos, los imprevistos, la selva acechando, las aguas crecidas indomables. Gusto del peligro. De luchar contra los elementos. Es bueno. ¿No me crees? Pregúntale a Lúcia, no demora en llegar. Da una sensación de fuerza, de poder, de dominio, de... de bienestar. No solo sensación. Certeza. Riesgos existen, ya dije. Muchos. Cuando me acuerdo... tiemblo... El pavor... atonta... tortura mi mente. Duele. Aún tengo delante de mí el maderamen despedazado. El agua burbujeante, violenta, veloz; las manos crispadas, los ojos desorbitados, el grito. Un grito único repercutiendo por aquella inmensidad. ¡A-mé-li-ooo! ¡No! ¡Ahora no! Déjalo. Después quien sabe. Quisiera hablarte de los viajes, de la extraña impresión que me domina. Explicar lo que pasé, buenos y malos momentos. No tengo palabras. Solamente viviéndolo. Peligroso es, repito, ¿para qué negarlo? Lo experimenté en la carne, en el alma. Pero, ¿la vida no es un peligro constante? ¿Qué valor tendría sin tales

momentos? Agua estancada, muerta, podrida, maloliente. No consigo imaginarme viviendo de otra manera, aburguesado, metido a bestia, con mis carnes pudriéndose.

Ahora mismo me erizo sólo de recordar. Los hombres esperando, tensos. La violencia de la lluvia. La creciente tomando las márgenes, tomando las casas, tomando los árboles, arrastrando animales, el río creciendo, creciendo y nosotros allí, en la balsa, enfrentando todo, dependiendo apenas de nosotros mismos, entre cielo, agua, matorral. Los días sucediéndose idénticos, lluvia o sol, viento o calma, la negrura palpable fundiéndose a la claridad cegadora.

Balsas y más balsas, la madera aún sangrando, maniobradas por un práctico, peones cabalgándolas. Anda, imagina la escena. Está aquí, delante de mis ojos, de tus ojos. Parece un convoy interminable. Coleando, subiendo y bajando, avanzando, parando, retrocediendo. ¿Yo? Tengo catorce años de esta actividad sobre la espalda. Me acostumbré. Vibro. Momentos de alegría: sentir que estamos ganando la batalla, que somos superiores a la fuerza de las aguas, que podemos derrotarla. Momentos de incertidumbre: la duda que se infiltra mañera, ¿conseguiremos llegar al puerto de destino? Momentos de pavor: como hay pocos... En un tumulto, atropellándose, recuerdos desaparecidos vuelven vivos, aquí, en la cabeza, aquí, en la piel, en la sangre, en la mierda. Esto duele. Perfora. Muerde. Mierda. De repente todo se desvanece, se atasca, la cabeza hueca. Ni sé cuantas veces crucé el río Uruguay en una balsa en dirección a Argentina. Preciso ganarme la vida, claro. Nada más sé hacer. O me gusta hacer. Tuve viajes tranquilos, sí, los peones en los remos, tirantes de cinco metros, de a dos o tres en cada lado de la balsa, en el frente y atrás, yo solo maniobrando, práctico con práctica de años, soñando en llegar, tomar una caña, conquistar una muchacha. Curioso: debo estar enviciado, preciso de las aguas indóciles, de los peligros, sólo ahí me siento vivo, útil. Saber que vencí, que domé los elementos, que domé la fierecilla debajo de mí. Es excitante. Parece un apareo. Pero las aguas son más mañosas que una mujer, quedan a la expectativa para dar el golpe, me parecen hasta celosas. Se vengan. Como aquella vez, cuando un pedazo de mí se fue. Lúcia. No voy a desistir, no sé desistir, no me entrego, tengo nuevos motivos para insistir, investigar, quien sabe...

Si me quedo en tierra, extraño. No, no soy de aquí. Vine, como tantos, de Río Grande do Sul, soy gaúcho de la frontera. Ustedes, catarinenses del litoral, poco saben lo que es esto, este oeste bravo. Más aún: no saben nada, no conocen nada. Dicen: un fin de mundo, un mundo inhóspito, desconocido. Negar, no lo niego. Sólo agregó: fascinante, misterioso, que resiste ser violado, que no se entrega fácil. También podría decir: un mundo de riquezas para quien sabe aprovechar. Yo mismo, al comienzo. Se olvida. Desaparece.

Hay quienes hoy son dueños de municipios enteros. Llegan, toman posesión, comienzan a derribar árboles. Van irguiendo unos ranchitos de barro, abren calles, luego surge la placita con la iglesia, la delegación policial con sus celdas, lugares de venta de comidas y bebidas, la mejor cabaña, de madera trabajada, del dueño de todo, en un campo rasado se inician pequeñas plantaciones, verduras, legumbres, plantas de maíz, porotos, se crían cerdos, gallinas, algunas vacas lecheras. Rápidamente la noticia circula, van llegando los nuevos pobladores, viven de la caza, de la pesca en agua dulce, es gente atrapada por la miseria que continúa en la miseria, trabajando como burros para los que dominan todo. Así se fue haciendo esta región.

¿Ves aquel viejito allá en el fondo? Parece un mendigo, andrajoso y sucio, peor vestido que yo, sus pies en unos suecos de madera, sombrero remendado de paja trenzada, bebiendo una cachaza, comiendo unos pedazos de chorizo frito. ¡Carajo! Tiene un camión de plata, es dueño de un municipio enterito, proclama él, ganó todo con la extracción de madera y con las centenas de balsas que van para Argentina. Un día me dijo: ¿Quién se va a preocupar por la naturaleza?, nadie sabe lo que es esto, no fui yo quien plantó estos árboles, ni voy a plantar otros porque no crecerían a tiempo para que yo los corte. El viejito llegó aquí con una mano atrás y la otra adelante. Hoy manda un montón de personas. Y cuando digo un montón, es un montón. Con aquel aire pacífico de abuelito es un gran bandido. Mató no sé cuanta gente, dice que defendiendo lo de él, mejor sería decir, apoderándose de tierras que eran de otros, o que no eran de nadie. Las tomó a la fuerza, falsificó registros, maniobró, es el diablo. Es el propio diablo. Desalojó a poseedores, mató a los más obstinados cuando el modo habitual no bastaba para echarlos. Reconozco: difícil no era (no es), basta con no tener

escrúpulos. Te cuento lo que me hizo... Ay mi cabeza, una calabaza, un hueco, un claro, el dolor doloroso. Espera, espero, va a pasar... Mando traer una cervecita más, ¿puedo? ¿me pagas, no? Al final, derechos de autor, es así que se dice. ¿Espantado? Tengo mis jactancias, leí de todo un poco. ¿Conoces *"El río oscuro"*(1), de Alfredo Varela? Escucha entonces: *"Y mientras tanto bajaban en majestuosas jangadas; otras tantas vigas llegadas de contrabando desde el Brasil, con una marca que falsificaban en el obraje"*. ¿Y São Miguel, de Guido Wilmar Sassi, tampoco? Escucha solamente: *"Este rio tem engolido gente que não é brinquedo"*. Más: *"A água não precisa de caminho; ela mesmo escolhe o seu"*. ¿Quieres más aún? *"Por vezes era a trégua. Rápida, porem, e logo a seguir recomeçava a luta. Novamente os machados começavam a derrubar as árvores e o estrondear dos troncos em queda repercutia na floresta"* (a) ¡Mozo! Te hablo de mi vida, vas a ver, aprovecha, solamente no falsees. De erizar. Anota. Recorrí montones de caminos antes de arribar aquí. Por los brasiles, por las argentinas, por los paraguays, por los uruguays, conocí tierras, me apasioné por las aguas. Enfrenté momentos duros, el último, el mayor, no hace mucho. De él no hablo. No me repuse aún. Me mutilé. No quiero, pero pienso: queda un hilo de esperanza, ya que el cuerpo... descubrir, por lo menos, para tener la certeza. Un milagro, dicen que existen. Pronto ella entra, estamos en punto de balsa, viene a despedirme, a insistir en el quiero ir contigo, grito ¡NO!, basta, acuérdate lo que ocurrió la otra vez. ¿Que otra vez?, me pregunto.

¿Para qué quedar escarbando? En la vida de los otros o en la mía. Yo podría estar como el viejito, en el bienestar. Tuve casi todo en mis manos. Lo tiré, se evaporó, desapareció. En farras, en mujeres. Vida libertina, estás pensando. Una desvergüenza. No me quejo. Sólo lo reconozco. Viví mi vida, tuve mis experiencias, mis días de reír, mis días de sufrir. ¿Cuáles mejores?, no sé. Vivo mi vida. Sólo lamento, sólo me reprocho por lo que no hice. O por no haber podido salvar... ¡No! ¡No! Olvida. ¡Mierda! ¡Puerca miseria!

¿Quieres saber más? Tienes derecho. Te cuento. Del tamaño de la cerveza, de las cervezas. Tenemos tiempo ¿Qué prefieres? Medias verdades, leyendas, mitos, fantasías, fantasmagorías, fantasmas que me rodean. Sé, conozco historias hasta inventadas que hoy pasan por verdades. ¿Pasan? Ah, sí, ya oíste,

quieres más. Muy bien. Cierto, cierto, sin crecientes la balsa no tiene como salir. Queda parada por meses. Perjuicio para los dueños, lo mismo o más para los hombres que dependen del transporte de la balsa para vivir. La espera por la lluvia que se obstina en no caer intranquiliza. La peonada observa el cielo cargado, las nubes en grupos errantes burlándose, burlonas. ¿Cuándo, dónde, cómo? – muere ahogada una criatura. Luego, la lluvia necesaria, intensa, días y noches. La crecida. Fue el comienzo.

La reclamada crecida, la ansiada crecida. El punto de balsa. Los hombres se animan. Se preparan. Parten a confrontar con las aguas. Así se creó la leyenda, el mito, la fantasía. La verdad. Vaya a saber, quién sabe, nadie sabe, todos saben. Pero te garantizo: para que el río Uruguay suba hasta el punto de balsa es necesaria una muerte por ahogamiento. Poco importa que sea hombre, mujer, criatura, joven, viejo. Algunos rebaten: criatura, preferentemente criatura. Circulan rumores: ya hubo ahogamientos provocados. ¿Sucedieron muchos? ¿Es posible? Pregunta al viejito. ¿Cuántas personas se bañan en verano en estas aguas?

Es lógico que el más osado se ahogue. O sea ahogado al anochecer. La leyenda termina adquiriendo visos de verdad, se torna verdad verdadera – si el hecho se repite más veces o si es inventado con insistencia. Todo se confunde en el imaginario popular y el tiempo todo encubre y todo borra.

Yo mismo, yo vi, sí, vi ahogados. Uno que reapareció días después, lejos, hinchado, putrefacto, comido por los bichos, agujeros en lugar de ojos. Bueno. Me acuerdo, las lluvias que se obstinaban en burlarse de la gente, rápidamente inundaron todo, provocando en muchos el pánico, mientras otros se animaron, aprontándose para cabalgar las aguas a lomo de las balsas. Tengo, en mi vida, muy presente, una desaparición. Digo desaparición; no quiero aceptar, no me convenzo que mur... ¡¿dónde está el cuerpo?!

El viejito está saliendo, mira. Hombre malo. Finge no verme. Me debe un viaje, mucha plata. Finge. Alegó que faltaban troncos. ¿Cómo iban a faltar? ¡Mentira! Es cómplice de un capanga, del más peligroso. El Cara de Caballo, matador profesional. Se complementan los dos. Uno manda, el otro ejecuta. No respetan nada, compraron la policía, las leyes. Ya vas a ver como actúan. Presta

atención: las balsas son formadas por maderas aserradas o en troncos. Cada balsa puede tener de trescientas, a mil tablas. Un cuartel es el largo de la madera, cinco metros y medio. Una balsa alcanza en promedio nueve cuarteles. El amarre de las tablas es hecho con alambres, bien firmes para que resistan la fuerza de las crecientes. Para prevenirse, cada firma tiene su marca, como las que usan para marcar el ganado. Bueno. La balsa revienta, la madera continua siendo arrastrada hasta bajar las aguas y encalla en una orilla. Fácilmente es recogida por su dueño. Las marcas, ¿entendiste? Entiende entonces porque te dije todo esto: el viejito compra o amenaza a empleados de otras madereras, raspa o modifica las marcas, manipula las ataduras, substituye los alambres por otros de menor resistencia. Ya fueron descubiertos hombres del viejito recogiendo maderas de otras firmas encalladas a la margen del río. Reaccionaron a balazos, alegando que estaban defendiendo lo que era de ellos. Perro maldito. No respetan nada. Me debe una vida. Lúcia. ¡No! Escupo sobre mí, tuerce esta boca sucia para allá Amélio, enseguida llega ella, vamos a salir, me abraza, me besa, dice toda derretida: A-me-li-ooo, y yo respingo, estamos en punto de balsa mi negra... mi cabeza, ay...

Mierda, mierda, mierda, Amélio de mierda, la amé, pasión de mi vida paria, basta de esta porquería de cerveza, mozo, una caña fuerte che, póngame aquí un buen trago, o mejor, deja la botella, listo, así no te molesto llamándote de nuevo y para con esa música de mierda, pone un tango, sólo acordarme lo que hizo aquel hijo de puta... ¿Me acompañas? Ah!, quema pero es buena. La necesito, si no, paro por aquí mismo, no tengo como proseguir. ¡Carajo! Me culpo. ¿Por qué acepté? Lúcia insistía, llévame bien mío, no quiero quedar lejos de ti, nunca, los dos jun-ti-tos, después, quien sabe, unos días allá en el lado argentino, no conozco, tengo ganas, nadie en mi cuer-po, sólo tú, quie-ro ser sólo tuya, vas a decir que no te importa si me vendo con otro, pues yo quedo celosa cuando miras a otra en la casa de la madama, seguro tienes alguien por aquellos lugares. Me ganó por cansancio, por la insistencia. ¡No! En el fondo yo también quería, estaba enamorado, quedaba loco, dolorido por dentro, imaginando: ella podría estar acostada con otro, dando a otro el cariño y el gozo que debían ser solamente míos.

Tangazo: "En mi pobre vida paria/Sólo una buena mujer". La primera vez que escuché este tango fue en la casa de la madama. Miento. Vi a Lúcia por primera vez cuando en la casa de la madama tocaban ese tango que yo conocía de burdeles en la frontera argentina, en Corrientes. Era menudita, dulce, suave, rostro de pajarito, unos ojazos verde-musgo del tamaño del rostro, voz susurrada que me envolvía, me inmovilizaba. Historia común: fue desvirgada por un tío cuando tenía catorce años. La llevó a un paseo en la playa, compró caramelos, una bruja de paño que ella ansiaba hacía mucho, fueron a cenar, contaba lloriqueando: me acuerdo que el tío me pasó las manos por el cabello, descendió al cuello, bromeó pellizcando mis senos que apenas se notaban tras el vestido finito, ni sé explicar lo que sucedió después. Paraba, enjugaba sus grandes lágrimas, me apretaba contra el pecho, proseguía: fui expulsada de la casa, querían que yo explicase la sangre en el vestido, adonde había estado, con quien volví a casa. El tío se hacía el espantado diciendo: la dejé en la puerta. Anduve un tiempo en Florianópolis, después en Lages, sin entender nada, quería morir, sufrimiento, angustia, un día un camionero me dejó aquí, terminé en la casa de la madama. Me sonreía y decía: sólo contigo supe lo que es gozar, sólo sé lo que es ser mujer de un hombre y compartir la vida con él, cuando estoy contigo, te amo, mira, sólo de decir esto me erizo completamente, vibro entera. Me besaba, me chupaba, se pegaba a mí, gemía y lloraba de placer. Yo también, carajo, Lúcia está demorando.

Las vueltas que el mundo da, mundo grande, viejo sin fronteras, de repente deja de ser amplio y se vuelve tan pequeño. Era, es de Biguaçu, mira, vivía cerca de un tal del Prado, camino a la playa de São Miguel, ahora me encuentro aquí en esta charla loca ¿con quién?, con un periodista de Biguaçu, que vivía también cerca del tal del Prado, sólo que antes del puente, tal vez llegaste a conocer a la familia de ella, tenía unos hermanos de tu edad. Tú que eres un tipo instruido, vivido, viajado, explícame estas coincidencias. Explícame más: ¿por que ella insistió tanto y yo acabé aceptando que me acompañara en ese maldito viaje? La infeliz susurraba, insistía con aquella vocecita de pajarito herido, lle-va-me con-ti-go bien mío, lle-va-me mi A-mé- li-ooo, ¿no quieres compartir una caña ya que has estado oyéndome con paciencia?, la caña quema pero hace bien, calienta las tripas, airea la cabeza, oye la cantinela, *rechiflado en mi tristeza*,

Lúcia continuaba, A-mé-li-ooo no me de-jes aquí, soy tu mujer, me besaba, me lamía, me chupaba la lengua, me mordía la oreja, las manos viajando por mi cuerpo, descendiendo hasta mi pene ya duro, destacaba las sílabas, no quie-ro nun-ca nun-qui-ta más se-pa-rar-me- de ti, te a-mo. ¡Ah, mujeres, nuestro paraíso, nuestro infierno!

Yo estaba en el bodegón tomando una tras otra, calentando cuerpo y mente, cuando el negrazo Zequinha entró apresurado y me llamó la atención: mira sólo el aclarar, Amélio, las nubes se están yendo llevadas por el viento, hay hasta bordes de sol, me dijeron que allá hacia arriba en las riberas de los ríos Pelotas y do Peixe la lluvia continua firme, es bueno para arrancar, sería la hora de partir, vamos a poner el pié en el agua.

Estuve de acuerdo, salí detrás de los peones, busqué a Lúcia en la pensión de la madama, le avisé se preparara, pronto-pronto vamos a salir, si todo va bien, de aquí de Chapecó hasta São Borja cuatro o cinco días. ¿Y después? ella preguntó muy animada. Y yo: un trechito más hasta Salto en la frontera con Argentina, de allí en adelante, con viento favorable podemos alcanzar hasta sesenta kilómetros por hora. Y ella: qué bien. Y yo: ya que insistes en ir y eres de rezar, reza para que el agua no descienda muy ligero, para no entrar en una invernada, ya estuve en una que duró casi seis meses – una vida entera, el tiempo no pasa, escurre gota a gota como aceite que escapa goteando. Y ella: Que importa, nosotros juntitos. Y yo: bueno importa que tenemos que quedar allí enfrentando sol y lluvia, acampados en la propia balsa, esperando hasta que haya otra crecida. Ella sonrió, me dijo que bueno, tomamos unas vacaciones. Me puse serio, exageré, aumenté el peligro, las contras, tal vez viendo mala voluntad, ella desistía. En cambio se animó aún más, no temía a los peligros, gustosa de novedades batía palmas como una criatura que ganó un dulce, me abrazaba, me besaba, decía: bien mío, ¡qué bien!. Cuchicheó: ¿qué es una invernada? oí hablar tanto de ella y nadie explica. Y yo allá tenía la certeza de donde surgiera el demonio de la palabra. Bueno, de invierno pienso que no es. ¿O es? Sí, es. Invernada, mi negra, presumí de sabiondo, para nosotros es cuando las aguas de la creciente, bajan fuera de tiempo después de la partida de la balsa, obligándonos a quedar esperando parados, teniendo que amarrar bien la balsa con cabos de acero

en los árboles o en piedras al margen del río. Y Lúcia: quiero saber de donde surgió la palabra. Y yo: pregunta inoportuna, no soy una enciclopedia. Sé, sí, que, si por un lado la creciente hace posible y menos peligroso el viaje, por otro lado un descenso rápido de las aguas lo hace más arriesgado, si no encontramos después una buena invernada. Y ella: ¿por qué? Y yo: tenemos que enfrentar situaciones más difíciles, como escapar de correntadas o de caer en precipicios o a causa de un torbellino quedar con la balsa hecha pedazos. Estás viendo lo que deberás afrontar.

¿Lo entendió? Mujercita endiablada. Lo decidió y listo. Partimos poco después. En la salida, hubo como un aviso: el primer accidente, yo debía haber desconfiado. El Jesuíno, peón novato, perdió pié, cayó de la balsa, desapareció, volvió, braceó, desapareció, me tiré al agua, tomé al sujeto, una cuerda fue tirada, me afirmé en ella y fuimos izados.

Nada hizo disminuir al ánimo de Lúcia. Caminaba por la balsa, se mostró encantada con el ranchito hecho con esmero para abrigar a la gente, admiró el trípode sobre el barro bien apisonado, que servía de soporte a la cacerola donde se preparaba un buen guisado de porotos con el fuego del cual se elevaba una humareda. Entusiasmada dijo estar con hambre, cuando estuviera lista la comida, claro. Cuento, los peones aún están maniobrando, cada uno en su tarea determinada, a algunos ella conoce, el cocinero es mi viejo compañero Zequinha, ¿donde se vio, negrazo de casi dos metros, más de cien kilos de carne y músculos, vozarrón de meter miedo, carcajada que hace estallar un vaso a metros de distancia, llamándose Zequinha? Bebe bien, come bien, se aparea bien, sabe como pocos preparar un charqui con porotos o asado a la plancha, un guisado de arroz, un caldo de pescado con agregado de harina de mandioca finita, ni sé de donde surgía con un pescado a la brasa, en los momentos más necesarios aparecía con un mate amargo calentito para la muchachada, café con gotas de cachaza, mucha caña, caña a gusto de la gente para resistir la lluvia y el frío, hasta la pavura ¿por qué no?, abrigo generador de coraje mejor, no hay, cierto. Fuimos adelante, la lluvia manera volvió, nada de viento para empujar la balsa, avanzábamos sólo por la fuerza de la crecida, el día transcurrió así, y otro más, y otro, diablo, el viaje iba a demorar mucho, yo pensaba: bueno, si no tiene

remedio, remediado está. Ahí el contratiempo, Zequinha fue quien lo vio y gritó: Amélio!, controla todo, estamos yendo hacia un torbellino, mira el agua burbujeante alrededor nuestro. La vi, me cagué todo de miedo, no por mí, no era la primera vez que enfrentaba un torbellino, era por Lúcia. Cómo no presté atención, carajo, vamos a luchar.

Miré: ¿donde están los huecos de amarrar?, yo, tan experimentado, dejándome sorprender como un principiante, fue la emoción de ver a Lúcia en la balsa, esta vez me jodí en verde y amarillo, todo esto merodeaba mis pensamientos, mientras buscaba una salida.

Difícil, sólo vi una: Grité: ¡Tenemos poco tiempo, unos minutos, veamos de abrir unos huecos para amarrar, si conseguimos unas brechas en la madera!, por dentro me preguntaba: ¿habrá sido cosa del Cara de Caballo al mando del viejito bandidazo? , ordené a dos o tres peones que dejaran los remos y tomaran los machetes y facones, e intentaran hacer unos huecos en la balsa, en los extremos o en el centro, poco importaba a esa altura, grité a Zequinha: tú quédate donde estás; a la muchacha: tú viene acá cerca de mí, asegúrate aquí, en esta tabla, bien firme. Traté de encontrar otra solución, no lo conseguí, ni ahora, un claro, mi cabeza, mira... arde... quema.

Sin tiempo de tomar providencias, fuimos chupados, tragados, un violento torbellino, el agua hirviendo en círculos, las tablas explotando para todos lados, como rosetas de maíz, los hombres trataban de aferrarse a ellas, iban hundiéndose, desapareciendo, Lúcia se deslizó, se hundió, volvió a la superficie, Zequinha la aferró, yo también ya luchaba con un remolino, me zafé, agarré un tronco que pasaba, Zequinha me hizo señas, me esforcé, no sé como llegué hasta cerca de ellos, Lúcia se escurría otra vez, la tomé por los pelos, la puse sobre una tabla con un rincón del ranchito, hice un gesto significativo, ella entendió, se agarró con fuerza, sus ojos brillaban, de pavor o excitación, no sé, Zequinha fue golpeado duramente en el cuello por una tabla, se hundió, subió, la sangre le brotaba, se hundió, desapareció, también Lúcia desapareció delante de mis ojos, allá lejos, iba agarrada a la tabla, gritó vuelta hacia mi lado, el grito se esparció por la inmensidad, ¡socorro! o ¡Amélio!, ¿cuál sería?, no vi nada más, no oí nada más, sólo el ¡A-mé-li-ooo! rebotando, la última imagen que se formó en mi mente

fue el estruendo del entrechocar de las maderas con la fuerza de las aguas, nadie puede con ellas, no hay salida, el torbellino va tirando de la balsa, o lo que resta de ella hacia el fondo, despedazando todo.

Me desperté con un lagarto mirándome preocupado, más atento al ser extraño que fuera a parar allí, que al solazo que, desde allá arriba descendía implacable, hervía, desplazaba la neblina, mordisqueaba todo.

Cuerpo adormecido, labios resecos, fiebre, sed, no sabía lo que había acontecido, ni donde estaba, no me acordé de nada. Intenté levantarme, caí, levanté la cabeza, me afirmé sobre un codo. Las aguas habían bajado bastante, el río casi en su nivel normal. Como en un relámpago, todo me vino a la mente, vi a Zequinha hundiéndose, vi a otros hombres braceando, vi a Lúcia desapareciendo a lo lejos, un grito lacerante rebotando por la floresta, ¡A-mé-li-ooo! Solamente de mí no recordaba nada. Nada. Cómo había llegado allí. Naciendo de nuevo. No quería nacer solo, prefería volver atrás, pelear por Lúcia, pelear con Lúcia, dejarla en la casa de la madama, que se diera a otros pero que continuara viva, no te llevo, no, Lúcia.

Me arrastré para arriba, alejándome del agua que insistía en lamer mis pies, del lagarto que no paraba de mirarme, el cuerpo dolorido, débil, ¿no tendré ninguna quebradura?, traté de levantarme. Además de la sed, una sed interior que me quemaba, comencé a sentir hambre, me revolví indignado, la vida es muy exigente. No tenía nada conmigo, sólo la ropa puesta, seca y pegoteada, barro en los pies, barro en el rostro, barro en las manos, volví a acercarme al agua y limpié lo que pude. Carajo, el hambre aumentó, la sed quemaba. Vi cerca, frutas en un árbol, con una vara arranqué algunas, las mastiqué, sabor ácido, el jugo chorreando por el mentón, aliviaron el hambre pero aumentaron la sed, la lengua trabada, temí tomar agua del río, salí, medio arrastrándome, caminé en busca de un riacho, de una fuente de agua, agua de lluvia atrapada en una hoja o depositada en la cavidad de una bromelia.

¿Hacia donde ir? No sabía, no tenía la mínima idea. Caminé. Un grito angustiado, viniendo ahora desde el fondo de las aguas, me perseguía, ¡A-mé-li-ooo! Pensé: ¿estoy en el Brasil o en la Argentina? Pensé: ¿cómo conseguí

salvarme? Pensé: ¿Por qué me salvé? Pensé: ¿alguien más se habrá salvado? Pensé: ¿y Lúcia? Pensé: Zequinha ciertamente no, el golpe acabó con él. Pensé: la noticia ya habrá llegado a Chapecó. Pensé: ¿llegó a tierra algún cuerpo? Pensé: ¿cuántos días pasaron? Pensé: muchos no pueden ser, quedé dormido uno, dos, tres días como máximo. Pensé: preciso comenzar a moverme, a situarme. Pensé: debo tratar de ver si encuentro una criatura viva que me oriente. Mientras pensaba un bulto se delineaba: delante de mí el Cara de Caballo. Temblé de odio. Sí, él, fue él al mando... pero todo desaparecía, un vacío, la cabeza hueca.

Anocheía. Precisaba un lugar donde abrigarme que fuera seguro. Era peligroso un pozo en la tierra o una cueva en una roca; era posible arriba de un árbol, en una copa frondosa. Divisé uno, con espeso ramaje en medio de un claro, ¿llegaría hasta él antes de cerrarse la noche? No era tanta la distancia, eran mis condiciones físicas. El cuerpo dolorido, la dificultad para caminar, un pié endurecido, mitad me arrastraba, mitad caminaba, volví a palparme, examiné mi cuerpo, no, nada quebrado, tenía la certeza, por cierto sólo un golpe muy fuerte. Fue una noche de pesadilla, yo me debatía, las aguas crecían envolviendo todo, quería agarrar a Lúcia, alejar el grito, tapaba mis oídos, el grito, el grito, el grito.

La madrugada con un sol esplendente en contraste con mi ánimo, me sacudió. Desperté, sudor pegajoso empapaba mi rostro, mi cuerpo, sed insoportable, me deslicé del árbol, cerca de allí conseguí juntar un poco de agua de un pozo, primero con las manos en cuenco, después hice un vaso con hojas, cerca de allí recogí algunas frutas desconocidas medio verdes, más adelante banana, ananá y otras. Indeciso del rumbo a tomar, me detuve, me senté en el suelo, lloré por primera vez después de años, como no había llorado desde la muerte de mi madre, no por mí, un llanto por Lúcia, por los peones, por todo lo que se fuera para siempre, siempre. Reaccioné. Zequinha seguramente, Lúcia no. Podría haberse salvado. ¿No estaba yo ahí, vivo, sano, yo, que nada recordaba? Mientras flotaba agarrada a una tabla, la última imagen que retuve fue verla girada hacia mi lado, soltando un grito único que no me suelta: ¡A-mé-li-ooo!

Me decidí. Comencé a andar. No sabía bien para donde. Me guiaba por el sol, por las estrellas, por la luna. Era importante no entregarme. sin rumbo cierto me interné en el matorral, la floresta se cerraba, algunos bichos me

espiaban, me seguían, los pájaros cantaban o piaban, pasé por lugares anegados, dormí en cavernas, en ramas de árboles, comí raíces, vomité, comí frutos desconocidos de sabor áspero, bebí agua de riachos, sufrí con el solazo que me picaba inclemente, me empapaba, con el frío de las noches que también me picaba, pensé, estoy andando en círculos, hecho un trompo, me sentía febril, conmovido, atontado, una pesadilla detrás de otra. A veces un ánimo inexplicable se apoderaba de mí, canturreé, *rechiflado en mi tristeza*, el coro alrededor, *tris-teza*, ni sé que fuerza interior me hacía continuar, veía delante de mí a Lúcia incentivándome, me hacía señas, su desnudo cuerpo menudo centelleaba, sus senos que tanto me excitaban crecían de forma descomunal, impedían el paso, yo pasaba entre ellos, corría detrás de ella, exhausto continuaba corriendo, al llegar cerca, Lúcia se evaporaba, subía y bajaba, se perdía en lo alto entre nubes, reía y llamaba, ven, ven, un grito agudo que era el mismo siempre, ¡A-mé-li-ooo!

Nunca imaginé que los ladridos de un perrito me hicieran tanto bien. Debería haber gente cerca. Luego me encontré con la choza de un mestizo. Receloso la rodeé, el perrito seguía ladrando, escuché que lo llamaban, unos pasos más y vi un viejote de barbita rala, desparasitaba un sembrado de mandioca, cerca, dos hijos jugaban en el barro haciendo animales, aves, en la cocina la mujer preparaba un café, del fogón a leña, nubes de humo subían perezosas. Se llevaron un bruto susto cuando aparecí, yo quería explicar sin saber cómo, la emoción al ver gente. Pedí un café bien calentito, la cosa más gustosa que tomé en toda mi vida, después señalé una botella, me sirven unas gotas de cachaza, el café bajaba caliente, me calentaba por dentro, pedí más, mientras ellos me pedían explicación, ¿qué explicación?, luego me vino una flojedad dulzona, me acosté allí mismo en el suelo duro de barro apisonado y dormí, dormí; dijo el mestizo que el sol había aparecido y desaparecido dos veces hasta que desperté.

¡Ay, mi cabeza, ay!, un estilete pasando, de la nuca a la coronilla, de la coronilla a la nuca, va y vuelve, pobrecito de mí, un silbido, un rugido, un grito siempre. Pido me expliquen lo que es, pero no me lo explican.

Cuando reaparecí por aquí, el dueño de la balsa se llevó un bruto susto: eres un alma apenada del otro mundo, ¡vete Satanás!, eres un fantasma, nadie puede haber escapado. Luego lo fue aceptando, quería que contara todo, todo,

como conseguí escapar, ¡iba a saberlo yo! Me señalaba, decía, este hombre me apareció por la noche; no lo creía, terminó palpándome y aceptándome como un ser vivo, pasado un tiempo me preguntó: ¿tienes coraje para volver a las aguas, a las balsas?, dije que sí, que era sólo lo que sabía y gustaba de hacer. Rió y me llevó para su casa y me contó su versión. No tengo pruebas, pero tampoco dudo que todo fue una trama de ese mal hombre con ayuda del Cara de Caballo, para quedarse con el maderamen, importándole poco cuantas vidas tuvieron que ser sacrificadas.

¿Y Lúcia? – era sólo lo que yo quería saber. Su cuerpo, como el de los otros, no había aparecido. Retrucaba: muy bien, si no apareció, se salvó, voy a encontrarla hoy aquí, a gritarle: ¡mujer liviana!, a zurrarla hasta arderle la cola. ¿Dónde se vio? grito y grito, si no hubieras insistido tanto, bien mío de acá, bien mío de allá y yo estúpidamente aceptando. Ahora, en lugar de estar aquí charlando ¿sabes donde me encontrarías?, sabes, en el bienestar de una cama calentita sobre Lúcia, fuqui-fuqui. En todos los años de mi vida paria no encontré mujer igual. Ni voy a encontrar. ¿Está claro? La voy a encontrar a ella. Algo me lo dice, me lo garantiza. Mira, mira, está llegando. Entró. Esta allí, parada a la puerta. Riendo para mí. No de mí. Para mí. Pequeñita, suave, dulce. Viene en mi dirección. Permiso. Voy allí, digo cariñoso: ¡vas a ver lo que es bueno!, abrazo bien apretado, la levanto de la cola para arriba, le doy la zurra prometida para que aprenda a no obstinarse. Nunca debes insistir con tu hombre, él sabe lo que es mejor para ti, para los dos... Me vio, desconfió. Huye, dispara, desaparece. Siempre así. Paciencia. Quedo a la espera y un día la agarro. La agarro. Va a tener un momento de descuido sin conseguir escapar. Lo juro. Es ahora. Corro. Voy atrás de Lúcia. Espérame. Vuelvo luego. Recuerda, vamos a salir mañana bien tempranito, con el cambio de luna, estamos en punto de balsa, prepárate, viene con nosotros, la emoción, la sensación de atravesar la crecida domando las aguas nadie la olvida. Ah, sí, mujeres, sabes como es, pero en caso de demorarme un poco, me buscas en la casa de la madama, todos allá me conocen. Bueno, pregunta por Amélio, ah!... ahora recuerdo que no te di mi nombre completo, ni es preciso, pero en todo caso, ahí queda para una emergencia: Amélio Bertholdi, un servidor amigo.

(a) *"Este río se ha engullido gente que no es un chiste". Más: "El agua no precisa camino; ella misma escoge el suyo". ¿Quieres más? "A veces había una tregua. Rápida, momentánea y enseguida recomenzaba la lucha. Nuevamente los machetes comenzaban a derribar los árboles y el estruendo de la caída de los troncos repercutía en la floresta"*

*

(1) Nota del traductor:

La novela **"El río oscuro"** (1944), de Alfredo Varela, fue traducida a quince idiomas y llevada al cine en Argentina con la dirección de Hugo del Carril, en momentos en que su autor estaba preso por su adhesión al comunismo, con gran éxito de público y crítica, con el nombre de **"Las aguas bajan turbias"** (1952).
